

con tu aliento los aires enciendes,
tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
manantial sempiterno del bien;
luz del mismo Hacedor desprendida,
juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo,
en sus ejes impulsa a rodar,
sentimiento armonioso y profundo
de los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
incansables artifices son,
del espíritu ardiente cincelan
y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino,
los empujas enérgica, y van;
y adelante en tu rauda camino
a otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
desaparecen y llegan sin fin,
y en su eterno trabajo se alcanzan,
y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
en tu inmenso taller sin cesar,
y en la tosca materia golpean,
y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Oceano
flota el hombre en perpetuo vaivén,
y derrama abundante tu mano
la creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente,
pon tu labio en su eterno raudal;
tú serás como el sol en Oriente,
tú serás, como el mundo, inmortal.

José de ESPRONCEDA

RECUERDOS

MUSICA ALEGRE

POR MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros

Música alegre, en destile de zarzuelas y revistas, de las que tantas veces oímos el chotis de *El sobre verde*, la polka de *Cinco minutos nada menos*, el *Hay que ver*, de *La Montería*... Una interminable serie de números populares es, en síntesis, lo que el maestro Jacinto Guerrero significa; una producción copiosa, con muchos aciertos, forman su obra musical. En un largo periodo, su música tuvo un dominio casi absoluto en España.

Mi gran amigo, el hoy general laureado, Carlos Martínez Vara de Rey, que en sus tiempos de cadete, en Toledo, había tenido trato y amistad con Guerrero, siendo oficial y estando destinado en Cáceres me puso en contacto con él. Fué con motivo de uno de los tantos festivales organizados por damas con fines caritativos. Se cantaban números suyos y se le pidió que condonase los derechos de autor. Estuvo amabilísimo, accediendo a lo solicitado.

Yo fui el que intervine en las gestiones, realizadas por carta. Al ir a Madrid, me pareció oportuno pasar a saludarle y dar las gracias personalmente. Así nació un trato, aunque superficial, afectuoso, por el desbordado carácter efusivo del maestro. Le vi varias veces y entré en los escenarios a felicitarle en algunas noches de estrenos: eso fué todo: un recuerdo muy circunstancial, que en mi memoria va envuelto en aquellas alegres músicas, que tantas veces me deleitaron y que siempre traen a mi mente evocaciones de gratos momentos.

La música de Guerrero, que tantos éxitos logró, tuvo en los últimos tiempos algunos fallos, acaso, por producirla forzosamente, en serie. Presenció uno de ellos, en el que se dió un lamentable espectáculo. Fué con la revista *El tercer hombre*, estrenada en el teatro Albéniz. Asistí a la segunda representación, la tarde siguiente a la noche del estreno. Guerrero dirigía la orquesta. El público escuchaba paciente, sin aplaudir un solo número musical. No obstante, se repetían todos, apenas so-

naban, entre siseos de los espectadores, los débiles aplausos de la «claque». Esto fué creando un clima molesto, que estalló al final en terrible tormenta, porque el público, que había querido ser correcto, cansado de que se prolongase la representación con tantas repeticiones, protestó en masa, airadamente, puesto en pie.

El espectáculo fué lamentable. Guerrero pidió silencio, para hablar. Estuvo torpe, pues tan solo se le ocurrió decir que se había gastado mucho dinero en montar la obra—era autor de la música y empresario—, con lo cual excitó más al público, que también se había gastado el dinero para divertirse. Faltó poco para que los espectadores causaran daño en el teatro. La representación terminó con un escándalo monumental.

Yo sufrí aquella tarde. Recordaba tantos triunfos y tanta música alegre de Guerrero. Me dolía que por querer forzar la máquina de la inspiración, llegase a semejante fracaso un músico de tan justa fama en su género.

Lo encontré unos días después—aquella tarde no se me ocurrió entrar al escenario—y no pude callarme:

—Es una pena—le dije—lo de su última revista. Un maestro de su talla tiene que cuidar siempre la producción. Le sobra a usted talento para seguir escribiendo esa música alegre, tan suya y tan del agrado del público.

Afectuoso y cordial como siempre, sonrió y dijo, dándome un abrazo:

—De todo ha de haber. Creo, además, que el público estuvo exigente: la revista tiene paso.

—Usted no se puede conformar con que tenga paso—repliqué.

—Y no me conformo—me atajó—. Ahora tengo buenas cosas en marcha. Vamos un rato juntos y le contaré.

Me cogió del brazo y bajamos por la calle de Carretas, en la que había sido el encuentro, hacia la Puerta del Sol. Por Montera salimos a la Gran Vía. Guerrero hablaba, hablaba sin cesar. De los planes futuros, pasamos a evocaciones de cosas pasadas. Yo me había olvidado ya del incidente que presencié en el Albéniz. Su charla me hacía revivir toda aquella música suya que tantas veces me deleitó a lo largo de mi vida.

Nos despedimos en la Plaza del Callao. Y no lo volví a ver, porque una repentina enfermedad cortó su existencia, en plena madurez y en pleno triunfo. Se sintió enfermo en Toledo—en un pueblo de esta provincia, Ajofrin, había nacido, en 1895—, durante un homenaje que allí se le tributaba. Conducido a Madrid, murió en la mañana del 15 de Septiembre de 1951.

Después de su muerte, en la partitura póstuma de *El canastillo de fresas*, volví a oír, como en tantas y tantas obras suyas, el repique inspirado y brillante de su música alegre.

Busqué la Paz

Busqué la paz en el hogar paterno,
luego, en mi propio hogar;
en los halagos que prodiga el mundo,
¡espejismo fatal!

En la ternura, el gozo, la inocencia,
el amor, la amistad;
en el deber cumplido sin desmayo,
con incesante afán;
en la lisonja que alimenta el humo
de nuestra vanidad;
en la conciencia exacta de las cosas...

¡En nada de esto está!

Pero te oí, Señor: «¡La paz os dejo!»,
y entonces, sin dudar,
la he buscado en tu amor, y en él estaba...

¡Porque tú eres la paz!

Cladia Montesino